

Guadalajara, donde aprendió la lengua y doctrinó á los indios, por cuya defensa padeció muchas persecuciones y trabajos: sufriólos con paciencia, acordándose de las palabras del Evangelio, que por su nombre sus discípulos serian á los tribunales de los jueces llevados y de infernales calumnias acusados. De todas salió victorioso con su tolerancia: murió lleno de dias y de virtudes en el convento de Guadalajara. El Martirologio Franciscano le pone en 21 de Febrero, y no se dice el año, aunque trae su vida Torquemada en el libro 20, folio 597.

22. El venerable padre fray Francisco Letrado, natural de Talavera de la Reina, hijo de la Santa Provincia de Castilla, pasó con deseo de convertir almas para Dios á la Provincia del Santo Evangelio; y viendo que estaban convertidos, decia que su intento principal era buscar que convertir, y así pasó al Nuevo-México el año de 1628 con los treinta religiosos que fueron á la conversion. Entró en la nueva conversion de los humanas; bautizó á muchos; edificó iglesia y morada para religioso; y habiendo oido decir que en Zuni (provincia populosa) habia que convertir, pidió el pasar á ella, donde juntó en cinco pueblos muchos infieles que catequizó y bautizó. Estando ya instruidos, no le permitia su fervor dejar de buscar nuevas conversio-

nes: pidió licencia para pasar á los Zipias; y pareciéndole al custodio que seria de mas servicio á Dios que acabase la obra empezada donde estaba, no le concedió la licencia. Envió al padre fray Martin de Arvide, que pasando por allí le quedó el padre Letrado muy envidioso, y le rogaba le dejase despachar al prelado para la permuta; pero Dios nuestro Señor, que dispone las cosas segun sus investigables juicios, permitió que se quedase el uno, y se fuese, por la obediencia, el otro, para darles la corona á entrambos. Un domingo de cuaresma, viendo que tardaban algunos en venir á misa, salió á buscarlos: encontró con unos idólatras, y encendido en fervor les empezó á predicar; y viendo se conjuraban á quitarle la vida, con un Cristo pintado en una cruz que traía al cuello para su defensa, puesto de rodillas y encomendándose al Señor, murió predicando, flechado. No fué hallado su cuerpo de los soldados cristianos, porque los bárbaros se lo llevaron, quitándole de la cabeza la piel para sus bailes gentílicos. Deseando tener alguna reliquia, vieron que por el aire cayó en manos de los soldados una cuerda, que la dividieron en pedazos. Padeció á 22 de Febrero del año de 1632.

El venerable hermano fray Sebastian de Aparicio, natural de la villa de Gudiña, del condado de Monterey, en Galicia, obispado orense, nació el año

de 1502. Hijo de padres cristianos viejos, Juan de Aparicio y Teresa del Prado, que le criaron en virtud y le ocupaban en la labranza, á los seis años le dió la peste de landre y una loba lo curó milagrosamente. Salió de veinte años de su lugar para Salamanca, donde á una legua de allí se acomodó en un cortijo; y huyendo del riesgo de una hija de su amo, que solicitaba casarse con él, se salió del cortijo y fué á dar á San Lúcar de Barrameda, donde se ocupó en la labranza de trigo. Allí se le entró un mancebo, que llevaba una doncella noble de Ayamonte y tóvola cuarenta dias guardada en su cabaña: dejábala encerrada y dormia afuera en la puerta. Sabiendo que la buscaban sus deudos la descubrió, con cargo de que no le habian de dar nada en premio mas que entrarla en un convento. Dióle muy buenos consejos á la doncella, que le pedia se la trujera á las Indias, y encaminóla al servicio de Dios. De allí, el año de 531 se embarcó para la Nueva-España, y habiendo llegado estuvo algunos dias en la Veracruz vieja, y de allí pasó á la Puebla, donde hizo unas carretas y fué el primero que puso en yugo novillos, con admiracion de los indios. Ocupólos en conducir de la Veracruz lo que venia de España, hasta que el año de 542 pasó á descubrir el camino de carros para Zacatecas, con admiracion de que pasando por entre bárbaros chichimecos, aunque tuvo á peligro la vida, le libró Dios de la barbaridad

infiel. Sucedióle en Zacatecas que un carro suyo, estando él ausente, le quebró á un locero alguna loza: enojado el locero le dijo oprobios, y él le respondia con humildad pidiéndole perdon, y obligándose á pagar la loza. Incitado de la cólera, cuando pudiera el locero aplacarse con la humildad, sacó la espada para ofender á la persona. Sacó Aparicio la suya para su defensa, y al primer movimiento le dió, sin querer, al locero una cuchillada en la cabeza, poniéndolo á sus piés. Con el pomo de la espada le dió en el pecho unos dos golpes, diciendo: doite estos golpes para que no seas tan soberbio, y para que conozcas que te pude matar, y por amor de Dios te dejo. Pagóle lo que habia quebrado el carro, dejándole pagado y castigado.

Por los riesgos del camino y la ocasion que trae consigo de impacencias el manejo de carretas (aunque nunca las tuvo Aparicio en el oficio), vendió las carretas y compró una labor de trigo entre Tlalnepantla y Azcapuzalco, jurisdiccion de Tlalnepantla, donde compró una casa, que hoy permanece, para su vivienda. Era el refugio su casa de todas las necesidades del prójimo. Hospedaba con caridad á cualquiera, y daba de sus semillas limosnas: viniendo á la ciudad vido que llevaban á un vecino suyo á la cárcel de corte. Preguntó la causa y dijéronle que por deuda de tres mil pesos, y dijo: yo daré por amor de Dios la cantidad, como lo hizo, porque se libró el preso de la cárcel y nunca

le pagó la deuda. No dejó aquí de tener persecuciones su virtud, porque depusieron de él que no sabia rezar. Fué preso, y dió razon cómo sabia la doctrina, aunque la memoria no le ayudaba á decir la seguida; pero la tenia de entendimiento y voluntad muy sabida. Compró de las buenas cosechas que tuvo otra hacienda, entre Azcapuzalco y Tenayuca; y con la fama de rico, un hombre vecino de la ciudad le citó á su casa para un negocio de importancia: fué á saber lo que queria, y era casarle con su hija. Él se excusó diciendo que estaba la niña criada en regalo y que él no lo tenia. Prometióle una hacienda que valia tres mil pesos, y dijo que él tenia bastante hacienda en las que cuidaba. Prometióle seiscientos pesos, y por verse libre prometió dar otros seiscientos porque no le casasen, como los exhibió puntual. El enemigo comun que no pudo por este camino inquietarle la conciencia, se le apareció una noche en su sala en forma de un negro con un bielgo en la mano; y conociendo que era el demonio, con la señal de la cruz lo resistió. En otra ocasion, una noche en figura de toro le acometió: y estaba en aquella ocasion el venerable padre fray Juan Bautista de Lagunas en oracion en el coro de Tlalnepantla, y dándosele á entender la afliccion de Aparicio, salió del coro, y con el guardian y religiosos iban á socorrerle. Encontraronle en la calle, y preguntado si le habia lastimado aquel toro, se volvió al padre Bautista, y le dijo:

¿quién os lo dijo á vos? Porque quien os lo dijo á vos me libró á mí. Lleváronle al convento á que descansase, porque dos horas habia estado forcejando con el toro.

Hallábase Aparicio solo y trabajado, y trató de casarse con una niña de Chapultepec. Pidióla á sus padres, que eran pobres, diciendo que no la pedia por mujer, porque segun su edad no podia ser marido, sino para ampararla y dejarla por heredera de su hacienda; regalábala ya casado y la llevaba á ver las fiestas; pero nunca se acostó con ella. Dormia él á los piés de la cama en una estera, ó en un cuero de toro en el suelo, y á ella la acostaba en la cama. Sabido por sus padres este género de maridaje, trataron de divorcio. Dióle una enfermedad á la niña y la divorció Dios con la muerte. Enterróse en Tacuba. Pasóse al pueblo de Azcapuzalco á vivir por acudir á la otra hacienda, y allí casó con María de San Estéban, una niña virtuosa: fuese á la hacienda de labor, y cuando salia dejaba las puertas cerradas, no por desconfianza de su mujer, sino cautelándose que estando en el campo podia cualquiera atreverse á entrar para robarla. Estando un dia subida en un árbol que estaba en el patio, dijéronle que su marido venia, y turbada, fuese á tener de una rama para bajar y cayó de donde estaba, de que se le siguió la muerte. Enterróla en Azcapuzalco y á su suegro le dió dos mil pesos, en que la habia dotado, y las joyas de

su adorno. Fué sin haber usado del matrimonio, porque en una cláusula de testamento que hizo en que dejaba á los padres de Azcapuzalco por herederos, dice: Item. Declaro que mi mujer queda doncella, como sus padres me la entregaron. Quedó Aparicio algo desconsolado con la falta de su compañera, y el enemigo se valió de la oracion apareciéndosele en figura de una doncella hermosa, que le rogaba tomase estado con ella: y conociendo la tentacion, se defendió de ella con la señal de la cruz.

No se sosegaba su espíritu deseoso del mayor servicio de Dios, y viéndose libre de los dos matrimonios (en que guardó la castidad, porque ordinariamente decia que habia enviado al cielo dos palomas), pidió consejo á un religioso de Tlalnepantla de lo que debia hacer, y respondióle el consejo del Evangelio: Vé, y vende lo que tienes, y dalo de limosna. ¿A quién (replicó) le parece le daremos la limosna? Respondió el padre: Hoy las más pobres son las monjas de Santa Clara: á ellas se les pudiera hacer limosna. Pues délo por hecho, respondió con resolucion Aparicio. Vendió las dos haciendas, un hatajo de ovejas que tenia en Huichiapán, y un negro que tenia; y reservando una porcion para su sustento, hizo donacion de veinte mil pesos al convento de Santa Clara, con escritura, ante Juan Orozco, escribano real, año de 573, siendo vicario el padre fray Diego de Miranda, y aba-

desa la madre María de San Nicolás, y tomando el hábito de donado se endonó á sí para servir las. Acudia á la sacristía, y un dia, ayudando á la misa mayor, al decir el sacerdote *Orate fratres*, no sabiendo qué responder, se volvió al coro y les dijo en voz alta: *madres, Deo gracias*. Sucedió que oyó á un mozo que parlaba con una criada algunas palabras indecentes: llegóse á él y díjole que no hablase de aquella suerte, que Dios se lo castigaria. Prosiguió el mozo en su parla, y dióle de repente un accidente que le ahogaba la garganta. Fuése al siervo de Dios Aparicio, conociendo el castigo; púsole la cuerda en la garganta, y le dijo: no os lo dije; enmendaos, y al punto salió libre y enmendado. Quisiera Aparicio, que iba buscando la perfeccion, mejorar de estado, y pidió le diesen el hábito de religioso. Tomóle á 9 de Junio, año de 574 para lego, en el convento de nuestro Padre S. Francisco de México, de edad de setenta y dos años. Hubo en la profesion algunas contradicciones por su vejez; pero el venerable padre fray Marcos de la Cámara, su maestro de novicios, que conoció su espíritu, con otros deshicieron la dificultad. Y habiendo repartido en limosnas la porcion que habia reservado, profesó dia de San Antonio, año de 75. Luego que profesó, le envió la obediencia al convento de Tecali. En el año de noviciado tuvo con el demonio muchos combates; y viéndose atormentado unas veces, y otras afligido, se valia de la

señal de la cruz unas, y otras veces le rociaba con orines. En el convento de Tecali hacia todos los oficios y se hallaban los religiosos muy servidos, y con él contentos. Corrió la fama, y el guardian de la Puebla necesitando de un religioso limosnero lo pidió. Fué la obediencia, y despidióse con sentimiento de todos.

Luego que entró en el convento de la Puebla le encargaron la limosna del campo, y para recogerla hizo carretas. Pidió de limosna algunos bueyes, y para traer leña una legua de la Puebla, al pié de un árbol plantó su rancho, que hoy es del convento por donacion que hizo la ciudad, y en él hizo una ermita de nuestra Señora del Destierro. De allí venia al convento de la Puebla á comulgar con tanta sinceridad, que arrimaba la guijada ó garrocha, y llegaba á comulgar, sucediéndole algunas maravillas con las carretas y los bueyes. Una vez habiéndose quebrado halló aderezada la carreta: otra, anduvo cuatro dias trabajando quebrado el eje. Otra vez, cargada de leña, con diez bueyes y él en su caballo, pasó la barranca de Quatiatlaloya, de Tlaxcala, por el aire; que si es milagro ver volar un buey, volando diez con una carreta cargada y un caballo, serán muchos milagros. Otra vez con la carreta cargada de mazorca, con cuatro bueyes, pasó la barranca de Acatzinco. Otra vez viniendo el rio crecido fué gran distancia nadando la carreta y los bueyes, hasta que encontró con el vado y sa-

lió todo lo que llevaba sin mojarse. En otra ocasion se le salió á la carreta una rueda, y viniendo solo con un indio se puso el siervo de Dios debajo de la carreta, y alzándola con las espaldas volvió á su lugar la rueda.

No fueron ménos los prodigios que con los bueyes sucedieron. Tenia el dominio que por su culpa perdió nuestro primer padre, pues le obedecian los brutos. Tenia encomendados sus bueyes (que llamaba coristas) á un buey viejo que los guiaba, á quien llamaba capitán. Les habia puesto diversos nombres: á uno Aceituno, á otro Pintillo, y así á los demas, como acontece.

En una ocasion llegó á una hacienda, y desuniciendo sus bueyes les mandó entrasen en una milpa y no hiciesen daño. La señora, viéndolos, se afligió. Aseguróle el venerable padre que no harian daño, y entónces la señora le dijo que en llegando su marido la reñiria. El venerable padre les dijo desde la puerta: Vengan acá todos. La señora, viendo la distancia que habia, le replicó diciendo, que cómo le habian de oír. El dijo: ellos vendrán. Fueron saliendo de la milpa, y habiendo llegado á su presencia le preguntó al capitán: ¿Han hecho algun daño á nuestro bienhechor? El buey, con la cabeza, le dijo que no por señas. Admirados marido y mujer por esta novedad, le dieron licencia para que volvieran á la milpa, y entónces el venerable padre les dijo: Tomen aquí la bendicion; vayan y coman de

la yerba; escarden la milpa y no lleguen á la sementera ni quiebren caña. Fué cada cual besando el hábito, y se fueron. A la mañana fué el dueño, y halló que no habia ni caña quebrada ni hoja comida. En otra ocasion, porque los coristas aprendieran la obediencia, llamó á un buey á su presencia y mandóle que dijera su culpa; y el buey, hincando las rodillas y con el cuerno en la tierra oyó la reprobacion, y luego le mandó levantar y que tomase la bendicion, como lo hizo. En dos ocasiones le dieron dos furiosos animales de limosna para la carreta: una un toro que habia acobardado á los vaqueros, y dándosele por amor de Dios, se quitó la cuerda y con ella lo llevó al yugo como á mansa oveja. Lo mismo hizo con el novillo, que salió tan valiente, que le daban diez bueyes por él. En otra ocasion un vecino le llevó un buey de su carreta. Salió á buscarlo; llegó á las diez de la noche á la puente de Cholula, adonde paraban las carretas del vecino; rogó á otro que dormia al cuidado de ellas le mostrase dónde se apacentaba el ganado. Dió una voz llamando por su nombre al buey; á la segunda vez que le llamó, respondió con un bramido y al punto acudió á besarle el hábito; y con simplicidad le dijo: ¡Pobre de tí, que te han sacado el sol del cuerpo! Dióle un pedazo de pan, y diciéndole vámonos, se fué trás él como si tuviera entendimiento. A otro que traía un vecino suyo muy lastimado y no se dejaba curar de su amo, le hizo una

plática, pidiéndole se dejase curar; y llegó el siervo de Dios y le cauterizó con fuego, sufriendolo con paciencia el animal. A otras bestias indómitas ensillaba, y se le rendian mansas, con admiracion de todos, de que están informaciones hechas.

No solo le dotó Dios del don de la inocencia en sujetar animales desde seglar, pero tambien en la simplicidad columbina con la prudencia. Un dia de la Ascension llegó á Topoyanco, que venia de la sierra de Tlaxcala, y diciéndole que cómo trabajaba en dia tan solemne, dijo: ¿La Ascension del Señor no cae en domingo? No, sino en juéves. Pues ahora un año ¿no fué por Junio? Sí, le respondieron. Pues caiga siempre en un dia y con eso sabrémos cuándo viene, que yo no sabia que la teniamos en casa: oiré misa y la guardaré desde ahora. En otra ocasion le mandó por obediencia el guardian que no diese el manto. Pidióselo un pobre, y díjole: Hermano, á mí me han mandado que no lo dé; pero si vos me lo quitais, ¿qué puedo hacer? Quitóselo el pobre; y despues, reconvenido del guardian, dijo: Si vos, como me mandátais que no lo diérais, me mandárais que no me lo dejara quitar, no lo consintiera; pero si tenia necesidad, ¿se lo habia yo de quitar? En otra ocasion fué á ver al padre fray Juan de Santa Ana, guardian de Santa Bárbara (de la Puebla), y preguntándole cómo os va? dijo: Si no fuera por mi guardian, estuviera enterrado. El caso fué: que siempre que venia traía